

Salmos diarios, Ciclo II, Año Par. Explicados

XXV Semana del Tiempo Ordinario

Sábado

Salmo 89

Este es un salmo sapiencial que nos hace meditar sobre la brevedad y fragilidad de la vida del hombre, corta trayectoria entre el nacer y el morir, repleta, además, de miserias y limitaciones, fruto de nuestras culpas e infidelidades: *Mil años en tu presencia son un ayer, que pasó; nuestros años se acaban como un suspiro.*

La contraposición entre Dios y el hombre es la que existe entre la eternidad y el tiempo. Dios es anterior a todos los siglos; el hombre, fruto de un año, tiempo limitado, hierba que se seca. El hombre tiene, sin embargo, una vocación de eternidad, porque hubo entre nosotros un hombre, con nuestra misma carne, que pudo decir con verdad: "Antes que naciese Abraham, Yo soy" (Jn 8,58). Como el Dios salvador del destierro, es el "Primero y el Ultimo"; el Hombre salvado de nuestro tiempo es el "Alfa y el Omega, el principio y el fin, el que es, era y vendrá" (Ap, 1,8). En una palabra, "permanece para siempre". "De ahí que puede salvar perfectamente a los que por él se llegan a Dios". Cristo ha roto las fronteras del tiempo. Ha situado al hombre en un horizonte de eternidad.

Por tanto, cuando se manifieste Cristo, nuestra vida, veremos la obra que Dios ha consumado en nosotros a costa del sufrimiento y gozaremos de una alegría eterna. Por Cristo, estamos seguros de que podemos contemplar la plenitud de Dios en el tiempo, cuando le hacemos protagonista de nuestra historia, y después en la eternidad plenamente.

Vuélvete, Señor, hacia nosotros, pues nuestra vida es una fatiga inútil, nuestros años pasan aprisa y vuelan; que tus siervos vean tu acción y gloria en Jesús para que no pongamos nuestros ojos en las cosas visibles, sino en las invisibles y eternas.

Padre Félix Castro Morales

Fuente: <http://parroquiadelasolidad.org/> (Con permiso a homiletica.org)